

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO

En este Capítulo llevo a cabo una cuidadosa y crítica revisión de los planteamientos teórico-metodológicos realizados por especialistas dedicados al estudio de los procesos organizativos rurales. Me interesa entender los procesos asociativos del ámbito rural con el fin de conocer las formas diversas en las que los diferentes actores rurales han dado respuesta al actual proceso globalizador. Al mismo tiempo, abordo algunas de las discusiones teóricas sobre el Estado y la globalización, con el fin de vincular a un contexto mayor y comprender el surgimiento de asociaciones como la Caja Solidaria. Finalmente, a lo largo de la discusión, intento establecer un diálogo entre los diferentes planteamientos teóricos y las observaciones generadas a través de mi propia investigación.

La Globalización: procesos mundiales y su manifestación local

En la actualidad, el fenómeno de la globalización es ampliamente discutido en las ciencias sociales y analizado bajo distintas perspectivas teóricas. Por tal razón, divido este apartado en dos partes. En la primera parte pretendo discutir los conceptos generales de lo que se entiende por globalización. Por el otro, me interesa exponer los conceptos y propuestas teóricas que utiliza la antropología y que son los que finalmente guían este escrito.

Para Giddens (1990:65), la globalización es “la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo que conectan localidades de tal forma que los eventos locales están conformados por eventos que ocurren a miles de millas de distancia y viceversa”.

Esta discusión teórica no es reciente. Por ejemplo, autores como Wallerstein (1982) y Braudel (1986) conciben al mundo globalizado como un proceso de interconexiones capitalistas que se remonta al siglo XIV (y posiblemente mucho antes) hasta sus manifestaciones actuales.

Wallerstein (1982) y Braudel (1986), utilizan la categoría de economía-mundo o sistema-mundo, bajo la óptica geográfica e histórica con base en las redes de sistemas económicos. Wallerstein utiliza el sistema-mundo para analizar la dinámica de la economía mundial y el surgimiento y la expansión del capitalismo moderno. El autor realiza un riguroso análisis histórico entre las naciones-Estado de Europa y las demás regiones del mundo. En su estudio muestra la estructura del sistema-mundo, su ubicación geopolítica, los grupos humanos y la expansión económica. El sistema-mundo para Wallerstein (1982:40) es un sistema social, que se define por compartir una misma división laboral; este sistema posee límites, estructuras, grupos y múltiples sistemas culturales, reglas de legitimación y coherencia. Wallerstein propone analizar al sistema-mundo entre las grandes naciones-estado que están en el centro y que detentan una posición hegemónica y por otro lado analizar a las poblaciones subyugadas las cuales se sitúan en la periferia o semiperiferia del mapa global. Wallerstein fue de los pioneros en analizar al sistema económico mundial como un proceso histórico en el cual las naciones-Estado ubicadas en el “centro” sostenían una interrelación con las poblaciones de la llamada periferia y semi-periferia.

Por su parte Wolf (1982) en su obra *Europa y los Pueblos sin Historia*, agrega que este proceso global se ha manifestado en el mundo desde los siglos XIV y XV, y lo ha continuado haciendo en etapas que se distinguen entre sí y que incluyen el actual momento histórico. En su análisis, Wolf (1982) a diferencia de Wallerstein, resalta que son las poblaciones “subyugadas” las que en general han transformado de manera significativa el sistema socioeconómico y político que nos caracteriza. Wolf llama a estos actores “los pueblos sin historia”. En esta categoría el estudioso incluye a los campesinos, trabajadores, inmigrantes así como a las “minorías”. Wolf (1982) sustenta su argumento en el análisis de estos grupos antes de la expansión comercial europea y del surgimiento del capitalismo. Plantea que las distintas sociedades o los “pueblos sin historia” fueron absorbidos por el sistema mayor y como resultado de este impacto multidimensional (socioeconómico, productivo, ecológico, demográfico, político y cultural) se produjeron una serie de respuestas y cambios a nivel local. La propuesta teórica de Wolf (1982) es sumamente importante para el análisis antropológico ya que abre paso para considerar la importancia de

los cambios socioculturales, económicos y políticos ocurridos en las comunidades locales, y a su vez, hace un llamado a observar la interacción de estas comunidades locales y sus concomitantes procesos micro con los procesos macro que constituyen el sistema global mayor que caracteriza a la sociedad hoy en día.

La antropología, a diferencia de las demás disciplinas sociales, aborda la globalización como un proceso en el que se encuentra interconectado lo global con lo local. Al hacerlo, esta disciplina reconoce la necesidad de observar distintos niveles de análisis como parte del estudio de una comunidad local (Bueno 2000; Hernández y Nigh 1998; Rodríguez Gómez 1998a; 2000a; Vargas Cetina 2000).

Kearney (1995) afirma que el nuevo desafío, ahora, consiste en mantener un enfoque holístico dentro de las comunidades que cada vez se ven más desterritorializadas y afectadas por la información o las mercancías que provienen de lejos tanto como por el constante migrar de sus poblaciones en busca de oportunidades laborales. Estos cambios al mismo tiempo, manifiestan un incremento diferencial y una reconstrucción fluida de las identidades locales (Kearney 1995). Por otro lado, los autores Hernández y Nigh (1998:136) agregan que dentro de los procesos globalizantes y en la reafirmación de una identidad local, existe un diálogo en el cual las sociedades locales responden a las distintas producciones de imágenes y símbolos de mercancías que provienen de afuera de su cultura, pero al mismo tiempo, son una contra-producción de sus propias imágenes. Hernández y Nigh (1998:136) sugieren que lo que es nuevo dentro de esta fase de la globalización es el contacto directo con las comunidades globales por medio de la participación en las estructuras de la información y de la comunicación. Por ejemplo, las organizaciones económicas formadas por indígenas del sur de México, que a principios de 1990 por presiones del mercado global y nacional, se vieron en la necesidad de buscar nuevos nichos de mercado, en este caso se enfocaron en la producción de café orgánico. Como resultado a los procesos globales, los indígenas aprovecharon las ventajas del uso de la tecnología y los sistemas de comunicación para expandir su comercialización a un mercado internacional (Hernández y Nigh 1998). Por su parte, Aguilar y Bueno (2003:9) afirman que:

“A lo largo de los estudios de caso [de procesos de cambio sociocultural y de poder a nivel local en España y en México] se puede apreciar, de manera implícita o explícita, el interés [de los antropólogos] por analizar el rumbo, la orientación y las tendencias del cambio dentro de las fuerzas responsables de dicho cambio, es decir, las fuerzas globales”.

En la obra llamada *Globalización: una cuestión antropológica*, los capítulos ejemplifican con diferentes estudios de casos etnográficos, la manera en la que comunidades locales dialogan, responden, se

apropian, reordenan y resignifican de diversas maneras los procesos globales. Por ejemplo, Rodríguez Gómez (2000a) analiza los procesos asociativos de los ganaderos de los Altos de Jalisco, organizados para el mejoramiento de la leche en el marco de los cambios socioculturales, económicos y de poder que ha conllevado la globalización. La autora entiende dichas dinámicas macro dimensionales como:

“un proceso que subvierte, o al menos mediatiza y reconfigura, ciertos límites, ideas, prácticas, imágenes, tecnologías y ejercicios de poder de las nación(es)-Estado contemporáneas, sin que ello signifique, empero, que el Estado continúe normando, legitimizando, apropiándose o rechazando formas culturales de la globalización, al tiempo que se alía, pacta, negocia o entra en conflicto, según el caso, con los actores transnacionales” (2000a:85).

Complementando lo propuesto por Rodríguez Gómez (2000a), Long (1998) sugiere que el análisis debe estar “orientado al actor”, hacia los actores locales (individuos o colectivos) y la forma en la que ellos mismos construyen espacios para llevar a cabo sus proyectos de vida. Los procesos sociales nunca son impuestos “externamente” o “desde arriba” por fuerzas estructurales o por las acciones intencionales de los agentes globales, sino que son continuamente reinterpretados, manipulados y transformados por los agentes locales (Long 1998:63). Long (1998:64) también argumenta lo siguiente:

“el punto de análisis son los vínculos globales-locales, con ello una descripción detallada de cómo los actores rurales conceptualizan y reinterpretan en su vida cotidiana los procesos de globalización económicos, políticos y culturales”.

Las propuestas antes mencionadas son las que adopto para construir y analizar mi estudio de caso. Observo a la Caja Solidaria como un proceso colectivo construido a nivel local en respuesta a este proceso globalizador. Dicho proceso asociativo toma forma en el diálogo entre lo micro y lo global. Esto hace posible que las Ciencias Sociales puedan abordar las dinámicas del vínculo entre estos dos niveles de análisis –local/ global (Rodríguez Gómez, comunicación personal 2001). Por ejemplo, los miembros de la Caja Solidaria sostienen una fluida relación con el Estado mexicano. Bajo esta perspectiva, los actores de la Caja se apropian, negocian, y reinterpretan programas del Estado que forman parte de la cotidianidad (PROCAMPO, Crédito a la Palabra). Esto lo hacen con el fin de beneficiarse y confrontar los acelerados cambios a nivel local, regional, nacional y global. En este punto, es importante observar como los procesos organizativos toman diferentes formas en distintas regiones del país. De esta manera, como veremos en el Capítulo 3, la Caja no ha respondido de la misma forma a la reformulación de las políticas de crédito, ni a la redefinición del Estado, ni a los procesos globales como otros productores de otras regiones. Inclusive, podemos contrastar las dinámicas del proceso asociativo de la Caja con otros procesos asociativos locales,

en este caso, la Lechera o la Comercializadora local. Los tres procesos surgen bajo condiciones históricas similares. Sin embargo, cada uno de ellos se construye de forma diferente, respondiendo de manera distinta a las transformaciones políticas que provienen del Estado y del mercado. En esta línea, me interesa aprehender las múltiples formas en las que se concretiza el papel del Estado en las economías locales, pues considero que esto me permitirá entender la diversidad de respuestas de los distintos actores rurales del campo mexicano a los cambios multidimensionales que están formando parte de su experiencia cotidiana.

El Estado mexicano y los actores del campo

Estudios del campo mexicano en los tempranos 90's proponían que la presencia del Estado-nación en el ámbito rural pasaría a un segundo plano debido a la privatización de paraestatales, particularmente por el "retiro" paulatino en la producción, comercialización y crédito. Sin embargo, como veremos en el Capítulo 3,4 y 5, el aparato estatal no se ha retirado y sigue jugando un papel central en los procesos cotidianos de los diversos actores rurales. Como ilustraré a lo largo de esta tesis, en mi estudio de caso encontré que el Estado mexicano, a través de las distintas agencias gubernamentales que lo conforman, sostiene un fluido (mas no por eso menos discordante) diálogo con los actores a nivel local. Una ilustración de lo anterior es cuando los productores reciben y/o negocian los distintos subsidios y programas gubernamentales. Por tal motivo, considero que es necesario incluir en esta discusión teórica lo que entenderé por Estado a lo largo del presente ejercicio etnográfico y definir su relación con los actores del campo mexicano sujetos centrales de este análisis: los agroproductores.

Uno de los llamados de atención recientes, y quizá más significativos, sobre el papel del Estado en la vida cotidiana de la sociedad civil que lo conforma es el trabajo de Corrigan y Sayer (1985), *The Great Arch: English State Formation as a Cultural Revolution*. En su análisis Corrigan y Sayer argumentan que la formación del Estado Inglés fue una revolución cultural, en tanto que las prácticas cotidianas del Estado, sus rituales y sus políticas- las cuales conciben estos estudiosos como formas culturales materializadas- constituyeron y regularon la elaboración social del los sujetos del Estado inglés y de los significados que estos dieron a estas formas culturales específicas. Estos autores proponen dos fuerzas constitutivas del proceso cultural del Estado. Por un lado, dichos estudiosos hacen referencia a la tendencia totalizadora de

“la formación del Estado...hacia su construcción de un “carácter nacional” y [de una única] “identidad nacional” (Corigan y Sayer 1985:4). Por otro lado, reconocen la dimensión del Estado hacia la individualización. Esta “está organizada por imposiciones de distintas categorías como las cuestiones de clase, genero, edad, ocupación, etnicidad y localidad” (Corigan y Sayer 1985:4).

En el artículo *Anthropology and theories of the State*, los autores proponen lo siguiente:

“es importante que los antropólogos ‘regresen al Estado’ dentro de los estudios debido a que enriquece a la antropología y al estudio del Estado. La investigación antropológica es un peculiar instrumento debido a que analiza las articulaciones precisas del Estado y la sociedad y a las múltiples formas en que la acción del Estado reformula la demanda y resistencia del uno y el otro” (Foley y Yambert 1989:41) (traducción propia).

En el caso de México, durante la década de los sesentas gran parte de los estudios antropológicos se enfocaron hacia el análisis del poder local y regional y sus efectos de operación sobre el ejido (Hewitt de Alcántara 1984; Nuijten 1998a). Algunos trabajos se orientaron hacia las dificultades para el establecimiento de los ejidos y/o los enfrentamientos políticos entre los campesinos y las agencias gubernamentales para la obtención de tierra y su legitimación (Hewitt de Alcántara 1984). Otras investigaciones analizaron el autoritarismo y corporativismo del Estado con los distintos actores del campo, es decir, una gran parte de los académicos dirigieron sus esfuerzos a entender las relaciones y prácticas de patrón-cliente entre el Estado y los actores rurales. Se prestó, por tanto, gran atención hacia la figura de los caciques locales, como mediadores entre las necesidades del Estado, las corporaciones privadas y las situaciones de los campesinos.

Sin embargo, Nuijten (1998a) señala que tales estudios presentan ciertas limitantes por que no muestran de qué forma las relaciones entre ejidatarios y agentes gubernamentales influyeron en las prácticas organizativas cotidianas del ejido. Es decir, no abordan las relaciones entre el Estado y los grupos subordinados que conforman el ejido.

En los últimos años se han propuesto distintos marcos teóricos para analizar al Estado mexicano y su interacción con los actores rurales, los cuales permiten abordar procesos heterogéneos y por lo tanto, no bloques homogéneos. Por ejemplo, en la obra de *Everyday Forms of State Formation*, Joseph y Nugent (1994) proponen un nuevo enfoque para analizar las relaciones entre el Estado mexicano y los diversos actores rurales. Los autores toman como caso paradigmático la Revolución Mexicana y sus desenlaces políticos. Al hacerlo observan estos eventos como un complejo cultural y un generador de procesos

históricos. Estos procesos abren el espacio a los conflictos y, al mismo tiempo, permiten que se lleven a cabo negociaciones y se muestren resistencias desde lo local. Estas respuestas se ejemplifican en las múltiples arenas que materializan los proyectos oficiales del Estado (Joseph y Nugent 1994:12). Joseph y Nugent definen estas relaciones como una “articulación entre la formación del Estado y la cultura popular – cada una de ellas vinculada con la otra y, asimismo, expresada en la otra” (1994:13).

Debido a que el Estado forma parte del grupo dominante, es necesario señalar que como resultado se produce una pugna entre los actores, que toma lugar en contextos de desigualdad de poder y expresa una reciprocidad de apropiación, expropiación y transformación (Joseph y Nugent 1994:17). En esta misma línea, Ferguson (1990:23), siguiendo a Foucault, considera que “el Estado no es lo mismo que un actor, sino más bien es un nombre que sirve para tejer, multiplicar y coordinar las relaciones de poder”.

Mi análisis de caso se sustenta dentro del marco conceptual antes discutido. Por ello, concibo la organización de la Caja Solidaria como un proceso de reacomodo, apropiación, manipulación y negociación en las prácticas cotidianas de los productores y en relación a los cambios promovidos por el Estado mexicano. Me interesa identificar la creatividad y las estrategias que utilizan dichos actores en su cotidianidad y en el marco de los espacios de poder que conforman. En este apartado me gustaría retomar el papel fundamental que jugaron las instituciones del Estado en la emergencia y consolidación de la Caja Solidaria en el marco ya de la globalización neoliberal. En primer lugar, considero que difícilmente se hubiera dado el proceso organizativo de la Caja sin el respaldo del dinero del Crédito a la Palabra, sin la ayuda de FONAES, de aquella que dieron los Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura de la Banca de México (FIRA) y aquella que brindó la Secretaría de Desarrollo Rural (SEDESOL). En segundo lugar, es importante señalar que, a pesar de que distintas agencias estatales intervinieron a lo largo del proceso organizativo, la propuesta de formar una Caja de crédito y ahorro y las estrategias organizativas se dieron y fueron materializadas por los productores. Ahora bien, uno de los puntos significativos que encontré a lo largo del trabajo de campo, fue que los productores reconocen y aceptan la intervención del Estado, pero bajo ciertas condiciones que están sujetas a los intereses y necesidades de la localidad. Esta discusión la profundizo en el Capítulo 3, donde narro la formación de la Caja Solidaria y analizo la intervención negociada del Estado mexicano.

Los actores de Amatlán de Cañas

En este apartado no me detengo a discutir si los actores de Amatlán de Cañas dedicados a la producción agropecuaria deben o no ser catalogados como campesinos. Lo que si me gustaría explicitar es que estos actores no dedican su producción únicamente a satisfacer las necesidades de subsistencia de la unidad doméstica. Contra lo que suele argumentarse, estos productores orientan gran parte de su producción a la venta, ya sea para el mercado local o para el regional. Conuerdo con Kearney (1998:3) en que las comunidades rurales deben ser analizadas dentro de un contexto dinámico, que en ocasiones rebasa lo local, lo transnacional y lo global, y no necesariamente pertenecen a oposiciones binarias, por ejemplo: lo rural-urbano, moderno-tradicional, campesino- no campesino. Kearney (1998) propone una reconceptualización de la categoría de campesino. Tradicionalmente, se vinculaba al campesino con problemáticas relacionadas al reparto de tierra o a distintas cuestiones agrarias. Hoy en día, estos actores rurales también están inmersos en procesos de migración, derechos humanos, etnicidad y medio ambiente. Es así que en lugar de utilizar el concepto de campesino, utilizo el concepto de productor.

En primer lugar, por actores rurales entiendo a las mujeres, ancianos, niños, niñas y jóvenes que no precisamente están involucrados directamente en las actividades productivas agropecuarias del campo, pero que forman parte de una población rural. En segundo lugar, el concepto de productor incluye a ejidatarios, pequeños propietarios, ganaderos y agro-empresarios.

Es preciso resaltar que el concepto de productor está sujeto a una diferenciación dentro de la misma comunidad o localidad. Estos factores de diferenciación son: las cuestiones de clase y dominación, el acceso a los medios de producción, la migración (transnacional o nacional), la familia campesina y el pluriempleo y la posición de las demandas del mercado, entre otras características (Otero 1999). También propongo agregar a los jornaleros agrícolas, peones, productores sin tierra o quienes rentan su pedazo de tierra como parte importante de la cadena productiva. Por cadena productiva entiendo, de acuerdo con Rodríguez Gómez (2000a), el conjunto de fases o esferas de actividad que van desde la producción primaria, pasando por la comercialización, transformación y distribución hasta llegar al consumo. Ahora bien, debido a que los productores de Amatlán de Cañas combinan la producción de ganado y la agricultura, es necesario definir lo que se entiende por ganadero. En una definición simple, los ganaderos

son productores que se dedican a la crianza y comercialización del ganado y de los derivados que produce o que de él se obtienen. Sin embargo, el concepto de ganadero es mucho más complejo y va más allá de tener un conocimiento específico sobre la crianza del ganado, por ejemplo, el saber ordeñar vacas, vacunar, inseminar, combinar pasturas, elaborar quesos, entre otras prácticas. Estos conocimientos técnicos van acompañados de otras formas culturales con las que se identifica a los ganaderos. En la parte introductoria mencioné que durante el trabajo de campo, encontré que la mayoría de los actores dedicados a las tareas agrícolas también cuentan con ganado para comercializar –ya sea el ganado mismo, ya sea que vendan un poco de la leche y de los quesos que producen al mercado. A pesar de que muchos agroproductores sólo tengan unas “cuantas vacas”, estos se autodefinen como ganaderos.

En Amatlán de Cañas también existen los productores que migran a Estados Unidos a trabajar de forma temporal y para la época de lluvias regresan a cultivar sus tierras. Por lo tanto, estos actores migrantes son parte de la sociedad rural que caracteriza a Amatlán de Cañas.

Finalmente, me interesa explicar en este último apartado la importancia del Ejido en la región. Como mencioné en la parte introductoria, las dinámicas organizativas del Ejido continúan estando presentes en la vida cotidiana de los actores de Amatlán de Cañas. A lo largo de esta etnografía, ilustro una vinculación directa entre los líderes de la Caja Solidaria, la organización del Ejido y los ejidatarios (capítulos 3 y 6). Más específicamente, el lector encontrará que en el Capítulo 3 narro la formación histórica de la Caja Solidaria en relación a los distintos conflictos políticos entre ejidatarios y líderes de la política local que se dieron a lo largo, y como parte de, la emergencia y consolidación de dicho proceso asociativo.

Las prácticas organizativas

En primer lugar, me gustaría señalar que el movimiento organizativo en el México rural aumentó de manera acelerada durante la década de los noventa. En 1995 se formaron más de 3.000 organizaciones de actores rurales, únicamente en la región occidente del país (Rodríguez Gómez 2001a). Estas cifras muestran la dimensión cultural, política y económica de estos procesos asociativos y sustentan la necesidad de estudiar las recientes manifestaciones en el campo mexicano. Estos procesos organizativos, como

mencioné en la parte introductoria, se han acelerado en su formación como consecuencia de los diferentes cambios a nivel de la macro-economía y política (de Grammont 1993; Rodríguez Gómez 1998a).

Eric Wolf, en su artículo *Facing Power-Old Insights, New Questions* (1990), menciona que la antropología le ha restado importancia al estudio de las organizaciones. El autor propone observar a las organizaciones como un proceso, más allá de ser un producto (1990:590). Wolf sugiere que para analizar los procesos organizativos, es importante reconsiderar las propuestas de Conrad Arensberg (1972 citado en Wolf 1990:593), las cuales consisten en observar el flujo de acciones. Esto se refiere, por ejemplo, a indagar sobre lo que está sucediendo, por qué está sucediendo, quién se compromete, con quién, cuándo y con qué frecuencia. Agrega que es preciso cuestionar para qué y por quién es todo lo que sucede dentro de una organización (Wolf 1990: 591).

Existen dos tipos de metodologías para analizar a las organizaciones. En primer lugar están los autores que visualizan a las organizaciones como simples tipologías (Rello 1990). Y por otro lado, están los estudios que analizan a las asociaciones colectivas como resultado de un proceso complejo que toma lugar dentro de un contexto histórico local (Hernández y Nigh 1998; Rodríguez Gómez 1998a; 2000a; Vargas Cetina 2000). Sin embargo, es necesario, como proponen Hernández y Nigh (1998) y Rodríguez Gómez (1998a) incluir a las organizaciones “en contextos más amplios, dentro de movimientos sociales y contextos globales, pero sin perder nunca de vista los casos particulares” Vargas Cetina (2002:19).

Tipos de organizaciones

A continuación, examino algunas tipologías de organizaciones. Esto lo hago con el fin de ilustrar las múltiples tonalidades y propósitos que identifican a los procesos asociativos. Finalmente, concluyo el capítulo, examinando algunos estudios alternos para analizar los recientes procesos asociativos del México rural.

Los autores Wolf (1990) y Nujiten (1998a) definen a las organizaciones como un proceso que se caracteriza por tener múltiples formas (sean individuales o colectivas) y no en términos de una acción colectiva.

En la obra *Local Organizations: intermediaries in rural development*, los autores Esman y Uphoff (1984) hacen una tipología de las organizaciones locales. Las clasifican principalmente en tres categorías: 1) las asociaciones de desarrollo local; 2) las cooperativas; y 3) las asociaciones de interés. Las primeras organizaciones comparten ciertas características con los organismos gubernamentales. Éstas pueden ser multifuncionales y con diferentes objetivos, se enfocan sobretodo en el desarrollo comunitario y en ocasiones son subsidiadas por el gobierno. Las cooperativas pueden manejar recursos de capital (crédito y ahorro), laboral (mano de obra comunitaria), uso de la tierra (producción cooperativa) o venta de productos (Esman y Uphoff 1984:61). Según Esman y Uphoff (1984) las cooperativas son conocidas por ser internamente democráticas e igualitarias, éstas se caracterizan por “buscar un bien común para sus miembros”. Sin embargo, en ocasiones suelen ser más selectivas y limitadas que las asociaciones de desarrollo local, debido a que se reservan el derecho de membresía. Las asociaciones de interés son catalogadas como organismos que están formados por grupos de personas que buscan un interés común. Estos son, por ejemplo, individuos que se organizan para solucionar problemas de agua, comités religiosos u organizaciones de mujeres. Aparentemente, no existe una intervención estatal ni lucrativa en este tipo de organismos. En cuanto a las cooperativas, se espera que ideológicamente movilicen los recursos económicos y promuevan la justicia social en sus comunidades. Sin embargo, pocos organismos cumplen con ambas expectativas. Los autores Attwood y Baviskar (1995) muestran en su análisis sobre las cooperativas en la India que muchas veces éstas fracasan por ser utilizadas como herramientas de desarrollo y por estar promovidas por el Estado burocrático. Los autores afirman que las cooperativas son más exitosas o en algunos casos menos, debido a que sus líderes han sobresalido o fracasado en encontrar respuestas pragmáticas a sus problemas locales (Attwood y Baviskar 1995:6).

En esta misma línea, la autora Santiago Cruz (2000) afirma que las cooperativas, para ser exitosas, deben surgir como iniciativa de los individuos y deben mantenerse con esa dinámica. En sus análisis sobre los recientes movimientos cooperativos en el México rural, Santiago Cruz (2000) propone lo siguiente:

“las cooperativas son un factor de desarrollo pero no tienen un formato único. Las cooperativas no se restringen a la producción agropecuaria... su organización y su funcionamiento debe responder a las condiciones sociales y económicas específicas en donde surgen.”

Por otro lado los autores Muñoz y Santoyo (1996) afirman que las cooperativas y otras organizaciones agrícolas han caracterizado al campo mexicano desde hace décadas y aún existen muchas

que se caracterizan por tener gran “éxito” a diferencia de las que han “fracasado”. Sin embargo, bajo esta misma discusión, personalmente cuestiono a los distintos autores que generalizan los significados de éxito de una organización. Sugiero que el éxito o el fracaso de una organización no necesariamente se refiere a las cifras económicas que representa o a la capacidad de movilizar recursos, como algunos analistas del campo mexicano opinan (Santoyo 2002, comunicación personal). A mi parecer, el éxito se manifiesta de múltiples formas y representa distintos significados para los actores de una localidad. Estos criterios se basan en los diversos escenarios políticos, culturales, sociales o históricos de cada región y en su interacción con el Estado neoliberal. En algunos casos el éxito o el fracaso de una organización genera un empoderamiento y liderazgo entre los actores involucrados y en ocasiones provoca confrontación y negociación con líderes locales o miembros de la política local y con agentes del Estado (Rodríguez Gómez s/fa). Los autores Flores y Rello (2002:33) proponen en su análisis sobre algunas organizaciones económicas de México y Centroamérica que el:

“éxito significa en este contexto logros y avances en los objetivos que las propias organizaciones se han trazado. Una organización de productores es exitosa cuando ha alcanzado las metas propuestas, como apropiarse de su proceso productivo o realizarlo con eficiencia, diversificar sus productos, aplicar nuevas tecnologías, acceder a nuevos mercados, gestionar mecanismos de microfinanciamiento, aprovechar recursos naturales de manera sustentable y realizar obras de beneficio colectivo”

La definición anterior muestra sólo algunos de los factores, que según los autores, caracterizan a una organización como exitosa. Sin embargo, la formación “a marchas forzadas” de los recientes procesos asociativos del campo mexicano, no garantizan o comparten las características que los autores mencionan en el apartado anterior. En esta línea, yo me pregunto cómo y por qué definen a una organización como exitosa. Son los miembros o líderes del organismo, los actores de la localidad, las instituciones del Estado, las empresas agroindustriales o las organizaciones no gubernamentales, las que denominan a una asociación colectiva como exitosa.

Por ejemplo, en Amatlán, la organización de la Lechera mantenía un conflicto con algunos productores que demandaban la devolución del dinero entregado a los líderes al inicio del proceso organizativo. Estas tensiones aumentaron hasta el punto en que un productor presentó una queja durante una asamblea pública en presencia del gobernador del estado de Nayarit. En la asamblea, el productor tachó de corruptos a los líderes de la Asociación Ganadera Local y los culpó de tener intenciones de “embolsarse” el dinero de los productores. Esta confrontación generó distintos resultados. En primer lugar,

como resultado de las acusaciones, los líderes de la Lechera y de la Asociación Ganadera convocaron una reunión para informar a los socios productores de la situación financiera de la organización. Ahí mismo, anunciaron que el proyecto de la planta pasteurizadora no se llevaría a cabo y que el dinero sería devuelto a los productores. En segundo lugar, el productor que presentó la queja ante el gobernador obtuvo prestigio en su comunidad y ante los productores, por el hecho de haber enfrentado a los líderes de la Lechera. Muestra de ello fue que a partir de la asamblea, el productor sostuvo contacto con algunos agentes del Estado para recibir asesoría y apoyo técnico y con el tiempo facilitarle la consolidación de una organización para la producción de frutas exóticas ubicada en la comunidad de San Blasito.

Estos acontecimientos sirven para ilustrar los resultados generados a través de los recientes procesos organizativos. En el caso de la Lechera, los productores tal vez no lograron poner en marcha la pasteurizadora o no cumplieron con las metas que Flores y Rello (2002) proponen. Sin embargo, los productores aprendieron (en base a su experiencia a lo largo del proceso productivo) nuevas formas de confrontación y negociación con las instancias del gobierno y con grupos de líderes locales que históricamente habían ocupado el poder político y económico de la región. El ejemplo anterior, muestra los logros y beneficios que se pueden obtener a través de un proceso asociativo inconcluso (Rodríguez Gómez 2001a).

Para concluir este apartado me interesa exponer, a manera de antecedente, algunas experiencias nacionales e internacionales, de productores que se organizaron en respuesta al proceso globalizador y a la redefinición del Estado mexicano. Pretendo contrastar las experiencias de otros actores del campo mexicano con mi estudio de caso, con el fin de entender quiénes, por qué y cómo se están formando estas organizaciones de productores en el México rural. Con ello, me interesa resaltar la importancia de analizar los “nuevos” procesos asociativos bajo una perspectiva antropológica.

Los autores Zendejas y de Vries (1998), proponen que las formas actuales de negociación entre las organizaciones sí son nuevas, y se niegan a que tales prácticas sean observadas bajo un modelo corporativista. Por otro lado, estas “nuevas” organizaciones están acompañadas de la creación de cambios culturales, económicos y políticos en las comunidades locales. Por ejemplo, el caso de la Caja Solidaria ha propiciado un reacomodo en las prácticas crediticias. A partir de la formación de la Caja se ha generado

entre los pobladores una cultura de ahorrar dinero. En el caso de las mujeres, estas han adquirido un empoderamiento al ser sujetas de crédito y han demostrado ser buenas pagadoras y buenas administradoras.

En la actualidad, existe una diversidad de estudios sobre organizaciones. Uno de los estudios relevantes sobre organizaciones en el occidente mexicano es el desarrollado por Guadalupe Rodríguez Gómez y su equipo de investigación. Tales estudios de caso ilustran los recientes procesos organizativos enfrentados por los productores de leche, aguacate y limón, pertenecientes a los estados de Jalisco, Colima, Michoacán y Nayarit. Una de las mayores aportaciones de este estudio es que muestra cómo estas recientes asociaciones productivas están tomando “un papel cada vez más central al convertirse en el actor intermediario entre los productores agropecuarios y el resto de los agentes vinculados (directa o indirectamente) con el campo, tales como industriales, forrajeros, proveedores de tecnología e insumo, banqueros y agentes del Estado” (Rodríguez Gómez s/f).

Otro caso que llamó mi atención fue la organización integrada por indígenas Mam de Chiapas. Hernández y Nigh (1998:137) analizaron el caso de una organización donde un grupo de indígenas Mam, productores de café, se apropiaron de una ideología agroecologista para reconstruir su identidad étnica. Los autores encontraron que los indígenas de la cooperativa de la Sierra Madre de Motozintla (ISMAM) compartían un discurso de respeto hacia la filosofía de la agricultura orgánica, expresada como un modo de vida y como una afirmación de su identidad (Hernández y Nigh 1998). La crisis internacional en la producción del café y las distintas reformas y convenios como el Tratado del Libre Comercio y la reforma al Artículo 27 fueron acontecimientos centrales que ayudaron a redefinir la organización Mam. Estos ajustes en la economía nacional y global afectaron directamente a los productores de café, e indirectamente presionaron a los indígenas en la búsqueda de nuevos nichos de mercado, comercialización y tecnología.

Como resultado a los procesos antes mencionados, Hernández y Nigh (1998) encontraron que la apropiación de la agricultura orgánica por parte de los indígenas Mam, fue todo un éxito. Sin embargo, sustentan que dentro de la cooperativa se da un proceso dual de adoptar nuevos elementos culturales (uso de la tecnología implementada por la agricultura orgánica) combinado con el resurgimiento de elementos culturales ya establecidos (como la agricultura tradicional y las relaciones del trabajo comunal), y como resultado, emerge una nueva identidad (Hernández y Nigh 1998). Finalmente, los autores proponen que la apropiación del discurso del “otro” no es un proceso mecánico o acrítico, sino que es más un diálogo

creativo en el que ciertos valores y proposiciones son rechazados (por ejemplo, el TLC) y otros, como la protección del medio ambiente o los principios cooperativos, son reinterpretados y reivindicados (Hernández y Nigh 1998:146).

Otro ejemplo parecido al anterior es el de la cooperativa de la Unión de La Selva que se ubica en el estado de Chiapas y que se formó en 1993. Ésta no sólo se organizó para la producción y comercialización de café, sino también buscó nuevos nichos de mercado, como el café orgánico. En la actualidad exporta sus productos a mercados de Europa y Estados Unidos (Juárez, Pita y Juárez 2000). La Unión de La Selva es una cooperativa que está integrada por indígenas tojolabales y tzeltales. Surge a partir de la caída internacional del café y como respuesta a las transformaciones económicas del Estado mexicano neoliberal. Fueron varios los factores que influyeron para que el proceso organizativo y la situación económica hayan sobresalido exitosamente. En primer lugar habría que mencionar la influencia de las organizaciones internacionales (*Max Havelaar* y *Transfair International* de Comercio Justo) que procuraron la movilización y la apertura de nuevos nichos de mercado (Juárez, Pita y Juárez 2000). Otro factor fue el levantamiento armado del EZLN. Este movimiento tuvo un impacto decisivo para que la comunidad internacional y el gobierno federal agilizaran la destinación de recursos, con el fin de financiar proyectos productivos en las comunidades indígenas.

La autora Vargas Cetina (2000) efectuó una comparación de tres cooperativas de productores ubicadas en la India, Italia y México. Esta comparación refleja la respuesta de los actores ante el proceso de globalización aún a pesar de las diferentes condiciones climáticas y los contextos históricos. El cooperativismo es una de las respuestas a este sistema globalizador (Vargas Cetina 2000) que surge a partir de políticas ajenas, y toma forma en cada localidad. En su estudio, la autora muestra como la membresía en cada organización toma distintos significados y respuestas. Para algunos, la membresía en la cooperativa es un recurso individual que les permite tener acceso a bienes monetarios (subsidios y pagos). Para otros, es una forma de elevar sus ingresos y de obtener una relativa igualdad social (Vargas Cetina 2000:161). Para el ejido henequenero en Yucatán, la membresía era una forma de sancionar su permanencia en la comunidad, una manera de tener acceso colectivo a recursos del gobierno (Vargas Cetina 2000:162). Las cooperativas de la India y Cerdeña han logrado mantenerse funcionando porque se han adaptado a las

nuevas reglas de mercado, mientras que la organización del henequén desapareció porque el producto dejó de ser atractivo para el mercado internacional (Vargas Cetina 2000:163).

Nuijten (2003) sugiere que se debe analizar la lógica y los valores de las formas existentes (organizaciones) y detectar las maneras en que están relacionadas con las alianzas socio-políticas. Así mismo, propone que debemos estudiar las prácticas organizativas en sus campos de fuerzas particulares y reconocer un amplio rango de formas de control y organización. (Nuijten 2003:190).

Como podemos observar en cada uno de los ejemplos anteriores, las prácticas organizativas se forman en contextos históricos distintos y se desarrollan de diferentes maneras y con sus propios objetivos. Sin embargo, si comparamos los cuatro casos anteriores, encontramos que la gran mayoría de las organizaciones han aprendido a ser actores, sin intermediarios, y a negociar directamente con las agencias del Estado y con los procesos globales para lograr sus propios beneficios. Los distintos actores han aprendido a reelaborar y reivindicar su identidad étnica con el fin de apropiarse y negociar nuevos esquemas productivos y competir frente a las exigencias del mercado internacional. Es preciso analizar las recientes organizaciones haciendo un seguimiento diacrónico del proceso organizativo.

En muchas ocasiones las organizaciones son promovidas por el Estado como instrumentos de desarrollo rural. Es importante no dejar de lado la intervención estatal en el análisis de estas “nuevas” formas organizativas. Más adelante, en el Capítulo 3 profundizo sobre la relación entre los procesos organizativos de la Caja y la intervención del Estado.

En el siguiente capítulo ilustro los distintos procesos asociativos que forman parte del México rural. Así mismo, describo la historia de las finanzas rurales, para entender el contexto en el cual emerge y se consolida la organización de la Caja Solidaria.